



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

THUNUPA

ENSAYOS

REPRODUCIMOS SOLO
EL ENSAYO DE THUNUPA EL LIBRO
COMPLETO, LO ENCUENTRA EN LAS
OBRAS DEL AUTOR

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz- Bolivia

INDICE

[THUNUPA](#)
[PERFIL DE LA LITERATURA BOLIVIANA](#)
[EL PINTOR DEL ANDE](#)
[UN NOVELISTA KOLLA](#)
[INSURGENCIA DE LA JUVENTUD](#)

*¡Edifiquemos para un tiempo nuevo,
oh corazones jóvenes, ansiosos de,
durar!*

Reúno estas Páginas dispersas para afirmar una idea inquebrantable: la fe de los bolivianos en Bolivia, su esperanza de un futuro mejor.

Presurosas algunas, revisadas otras, nacieron en la búsqueda angustiada: cumplir un destino. ¿Qué importa que unas vengan del pasado distante, otras de un ayer más próximo? Todo Cuanto atañe al drama nacional, es actual, presente puro; urgencia de manifestarse sin reparos. A mitad de camino entre la republiqueta y la nación moderna, Bolivia busca su expresión, padece hambre de unidad, sed de coherencia. A nosotros, hombres de tránsito, colocados entre un mundo que caduca y otro que nace, corresponde vertebrar esa expresión, colmar hambre y sed, dar un sentido al duro presente, proyectar su mensaje al porvenir.

Acaso un día la nuestra sea llamada: la Generación de la Fe. Y ésta será la mejor recompensa.

Fernando Diez de Medina.

THUNUPA

“Samiri” o descansadero— dice la tradición Kolla— es la morada de los antepasados.

Elegid cualquier accidente del paisaje; una cueva, la prominencia de la montaña, esa colina ondulante, un árbol solitario, el lago inmóvil, una pirca de piedras. Son “samiris”. Hombres y animales en sus correrías por el altiplano, buscan un lugar de reposo, el asilo bienhechor que repara las energías perdidas y da nuevo acicate a la jornada. “Samiri” es el fuerte ligamen del suelo con su poblador, el don que “Pachamama” — la Tierra Madre — concede munífica a sus criaturas. Todo paraje, todo accidente natural, irradian una fuerza misteriosa que envuelve al viajero, cuando el viajero como el poeta antiguo busca y absorbe los efluvios del paisaje. El indio acude a su “samiri” en son de protección; quiere fortalecer el cuerpo y elevar el ánimo antes de

reanudar su marcha. Entonces el ancestro lo reanima con su viejo poder vitalizante; repara las fuerzas desgastadas, temple el espíritu medroso; y lo arroja otra vez al mundo de la acción. Así es el ancestro; envuelve y ampara al afligido. Así el hábito de los antepasados: levanta el corazón que sufre. Pero esto sólo lo sabe el Kolla, hijo de la Tierra, anterior al hijo del Sol. Y quien no se sumerge en sus mitos telúricos, ignora las culturas primitivas del Ande inmemorial.

“Samiri” — dice el indio — y un resplandor alado enciende sus ojos del bronce. La fe simbólica del cristiano, corresponde al culto animista del nativo por la naturaleza circundante. “Samiri” es pues una forma de la fe. Y viniendo a lo presente, en un tiempo de vacilación y pesadumbre, para los extraviados hijos de esta inmensa nación nocturna, ¿cual será el descansadero capaz de reanimarlos y elevarlos a una mística de resurgimiento nacional?

El “samiri” de los bolivianos debe ser la evocación del nombre de Thunupa.

Magno misterioso del tiempo mítico, Thunupa es también el nódulo vital del tiempo Nuevo. Numen cosmogónico, es una fuerza activa que moldea el universo andino. Numen teogónico, es el hijo de Wirakocha, profeta y caudillo de almas. Numen histórico, perdura con los orígenes del río Desaguadero. Numen moral, es el restaurador de la ley natural en las costumbres. Gran sabio y señor le llamó el indio, porque amparó al desvalido, desafió al poderoso, fue brújula y candela del proceso. Thunupa combate la iniquidad, predica justicia. Es amigo de los justos, enemigo irreductible de los déspotas. Y cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de belleza la ruda longitud de la meseta. La montaña es Thunupa, porque trasciende virtud y fortaleza. El varón recto es Thunupa, crecido en la verdad y en la entereza. Y Thunupa es también esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Hay tres versiones del mito de Thunupa: la Kolla, la quechua y la española. Tomemos la primera, ya que las otras dos deforman el mito originario.

La leyenda Kolla refiere que el andino conoce a Thunupa desde los tiempos más remotos. Thunupa, hijo de Wirakocha el Creador de Universo, es uno de los héroes de la raza. Thunupa está presente y dirime la contienda entre el Mururata y el Illimani, allá en los albores de la cosmogonía andina, cuando mares y cordilleras modificaban la morada humana. Castiga la corrupción de los primeros moradores de Tiawanacu, transformándolos en piedra. Y su nombre aparece también en los mitos solares del Titikaka, luchando contra Yaurinka, la serpiente del abismo que amenaza las islas y los troncos. Pero el Thunupa histórico aparece un milenio antes de Atahuallpa, a la caída del Tercer Imperio Kolla, cuando los nómadas del bosque y de los valles submarinos suben a la meseta, al amparo de la guerra civil que disgrega el Kollasuyo.

Deteniase el profeta en los poblados Kollas, bastándole un oyente para iniciar su prédica. Después llegaban otros como ovejas al redil, y al terminar su admonición un rebaño azorado veíale perderse en lontananza. Alto, bien conformado, su tipo ascético denotaba privaciones físicas. Vestía un hábito talar de lana finísima, ceñido por un delgado cordón de cáñamo. Sandalias de vicuña. Y una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los fornidos kollas más que en la estatura, por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla honda y sosegada, un mirar cautivante como la llama de una lámpara de aceite. Regresaba con la aurora, reanudaba su prédica y volvía a marcharse con el crepúsculo; así por nueve días consecutivos, al cabo de los cuales emigraba. Al principio no se quiso dar importancia a sus palabras, pero niños y ancianos las recordaban y fue menester que todos se ocuparan de ellas. Thunupa prevenía contra la disolución moral; atacaba la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia; la reforma de las costumbres, clamaba por justicia y por templanzas. Sus ojos despedían amor al dirigirse a los humildes, desprecio al enfrentar a los mandones y a los “mallcus”; y al denunciar a los déspotas, su verbo solía encrespase de coraje. Un “chaiño” del Ande, ese pajarillo de vivaces movimientos, cuyo pelaje negrísimo y lustroso alterna con manchas de oro, jamás abandonaba el hombro del profeta. Y era en verdad su único atavío.

Transcurrido algún tiempo, Thunupa retornaba al mismo poblado, en viajes circulares que además de moralizador le iban creando fama de mago, pues su presencia coincidía con sucesos maravillosos. En Taraco, su llegada aplacó la tempestad. Ahuyentó la sequía en Aigachi. Dícese que aplanaba montes, protegía cosechas, sacaba el agua del fondo de las peñas. Y en Cacha, donde no había seres justos porque todos andaban contaminados de iniquidad, con serpientes de fuego calcinó la roca. La tercera vez que apareció en Carabuco, fue apresado por los guerreros de Makuri y conducido a presencia del caudillo. Impío, cruel, concupiscente. Makuri se mofó del profeta pero quiso valerse del mago:

—Tu palabra es humo — dijo el caudillo — ni molesta ni perdura. Más si eres hechicero, convierte este plomo en oro.

Negóse el peregrino a complacer al guerrero, y alzando la voz como el viento áspero y tonante de la puna, denunció sus crímenes conjurándolo a cambiar de vida:

— ¡Vuelve a la ley de Wiracocha! Despréndete de la culebra que te consume.

—¿ La ley...? ¡La Ley es Makuri! — replicó el déspota.

Y confiado en su fortaleza desafió:

— Lucha conmigo. Makuri no teme a guerreros ni a hechiceros.

Una expresión de tristeza veló el semblante de Thunupa:

— Necio — contestó — la culebra no debe luchar con el águila.

Entonces, el caudillo montó en cólera:

— ¡Es un impostor y un cobarde! — profirió — ¡Arrojadlo a hondazo limpio!

Y Thunupa fue lapidado por los honderos de Makuri. Los indios vieron cómo se abría la piel bronceada: un tajo profundo en la sien, la boca desgarrada, gruesos hilos de púrpura tiñendo el pecho descubierto. Cuando se alejaba, agotado y vacilante, todavía le persiguió la lluvia de las hondas derribándole tres veces. Pero el profeta volvió al siguiente día, y estaba intacto su cuerpo, inmácula su vestidura albísima. Y un pájaro aurinegro posado en su hombro. Y cuando los hombres de Makuri fueron a las fraguas para trabajar los metales, ya no los encontraron. Y fue que Thunupa, queriendo evitar la corrupción por la riqueza, había recogido los metales situándolos en las altas sierras, para que su posesión demande dolor y sacrificio.

Thunupa recorre el Ande por espacio de muchas lunas, haciéndose familiar su figura a los kollas: siempre desafiando al poderoso, protegiendo al desvalido, denunciando la iniquidad y el fraude. De sus muchos prodigios se cuenta en Sicasica, donde seres malvados prenden fuego a su lecho de paja, las llamas le guardan el sueño. Otra vez amarrado al poste de sacrificio por los mandones de Sorata, tres águilas se precipitaron velocísimas desde la cima del nevado y sueltan sus ligaduras. Thunupa sufre largas prisiones en las cuevas subterráneas de Carangas, y castigos extenuantes en Chuma, en Calamarca, en Ancoraimes, por combatir el mal. Los menos atienden su mensaje; los más le apalean y le expulsan. Mas el profeta no desmaya. La huella de su sandalia cruza montes y quebradas, pasa los ríos, cose como un hilo de fuego los pueblos diversos y dispersos del altiplano. A veces castiga la injusticia, obra prodigios, mitiga la desdicha, pero a menudo es víctima de los hombres, porque como todo reformador religioso debe expiar su grandeza en el dolor. Y aunque no puede extirpar el mal que se aposenta en los que mandan, es el refugio acogedor de los que obedecen. Thunupa es la esperanza.

Un día el inconforme decide marchar a Copakawana, donde sacerdotes corrompidos olvidan a Wiracocha por el culto totémico del Jaguar. Arrojando un vellón de su túnica a las aguas, Thunupa navegó en él hasta la isla de Itikaka, la peña sagrada en la cual deja esculpida la forma de su cuerpo. Itikaka morada mítica donde Wiracocha batió a la "Chamajpacha" -la edad oscura-, conformó el Lago, y dió a los kollas númenes celestes y telúricos, infundió más confianza en su misión: uno perecerá para salvar a los demás. Fortalecido por la soledad y la meditación, Thunupa navegó después rumbo a Copakawana. Apenas puso pié en la bellísima península, los adoradores del Jaguar lo apresaron. Inculpó el profeta a los zoólatras, atribuyéndoles el mal que cundía por los pueblos altiplánicos. Fustigó sus vilezas. Instóles regresar a la ley de Wiracocha. Y a pesar de los castigos con que fue amenazado, negóse a rendir culto a la espantable fiera que moraba en lo alto del peñón.

Entonces el "thaliri" de Copakawana, tras de consultar a los "amautas", dijo sordamente:

— El dios invisible murió hace muchas lunas. Ya no es. No tuvo descendencia. Pero el Padre Jaguar renace de felino en felino; y aquél que ostenta una mancha roja en la frente, ése es el Dios Vivo. El jaguar no miente; el Jaguar anuncia la desgracia y la victoria, protege las cosechas, ahuyenta las enfermedades y las plagas. Cada uno de sus movimientos, está ligado al

destino de los "kollas". Por eso le cuidamos, por eso lo llevamos los guerreros de Makuri en sus escudos. Y sólo pide un poco de sangre...

Miró con lástima Thunupa a los magos:

— Ciegos... enjaulados... crueles... jaguares también vosotros — dijo — ¿Por qué inmoláis criaturas?

— La Madre Serpiente bebe sangre.

— ¡Miente la Serpiente y el Jaguar miente! — fulminó Thunupa —. ¿Qué sabéis vosotros, hijos del Mal? Antes que "Pachamama", la Tierra madre, antes que "Inti", el Padre Sol, fué Wirakocha el Dios Inextinguible. ¡No matéis, no hagáis fraude, no manchéis la misión sacerdotal! Dejad el culto ofídico, no hagáis humilladeros al felino: Wirakocha pide paz. La sangre de la serpiente para la piedra, la sangre del kolla para el kolla fluyendo tranquila hasta que Wirakocha la detenga.

— ¡Que perezca, que perezca!— prorrumpieron los magos. ¡Insultó a la Serpiente y al Jaguar!

— Aguardad — dijo el "thaliri" a su gente; y volviéndose al profeta insinuó: — Si retiras tus palabras, si reconoces la ley bermeja del Jaguar, te elevaremos a la dignidad sacerdotal. El Dios Vivo recompensa a sus servidores.

— No persigo el poder, sino la verdad — replicó Thunupa —. Yo soy el que sirve sin esperar recompensa.

— Que perezca, que perezca! — aullaron los magos.

Dispuso el "thaliri" de Copakawana que el profeta fuera castigado por su osadía. Llevaron a Thunupa a una colina pedregosa. Rasgaron su alba vestidura, hicieron mofa de su desnudez. Una lluvia de palos y de piedras cayó sobre el profeta. Bajaron luego el cuerpo exánime a la playa y amarrándolo al mástil de una frágil balsa de totora, lo abandonaron a merced del viento y de las aguas. Entonces las ondas del Titikaka se encrespaban, brotó la tempestad de su seno hundiendo muchas embarcaciones, y la navicilla enfiló hacia el estrecho de Tiquina, pasmando a todos por su rapidísima navegación. Iba Thunupa en ella, escoltado por ejércitos de Illapa, mensajero ígneo de Wirakocha, señor de los relámpagos alados, del rayo que fulmina, de los truenos que ruedan y resuenan sin descanso. Conforme navegaban cargando la maldad humana, crecían balsa y profeta en estatura; y al llegar a la playa de Cachamarca era tal su grandeza y poderío que la tierra se abrió en canal vertiginosamente para darles paso. Hendió en mayor distancia la tierra que las aguas, hasta perderse por las azules inmensidades del Poopó. Y del surco legendario de la balsa de Thunupa, nace el curso fluvial del Desaguadero, río mítico que enlaza los dos mayores depósitos lacustres del Ande.

Pero el Inconforme no murió: un monte, un río, un camino lleva su nombre. Los kollas dicen que su balsa solitaria surca el Titikaka y se desliza por el altiplano. Deidad benéfica, suele tornarse a veces punitiva y reparadora. Habla en el trueno, previene en el relámpago, castiga con el rayo. Sus manos venerables protegen las cosechas, su mirada suave mitiga la desgracia. Está siempre con los necesitados, siempre frente al déspota. Denuncia la iniquidad, exige justicia. Y para los hombres de fe, es símbolo de resurgimiento y de pujanza, porque él enseñó la constancia inquebrantable: sin llanto, sin fractura, sin quebranto. Fuerza moral superadora de infortunios! Es el piloto del alma india. Desde la oscura lejanía cosmogónica, Thunupa — mítico dios — sigue conformando el universo andino. En el duro presente, Thunupa — dios humano — prepara y fortalece voluntades para un futuro mejor.

Así es Thunupa: el Inconforme. Así es Thunupa: el Cristo Andino.

* * *

¿Qué sangre es ésta que nos mana del costado? Apenas removida, la herida entrañable se desborda.

Para el pesimista, todo anda mal en Bolivia por que nada se hizo bien: caótico el pasado, incierto el hoy, sombrío el futuro. País débil, inorgánico, desgarrado por sus vecinos, marcha a la zaga de los demás. La tierra invertebrada, la raza heterogénea, determina el caos psicológico; la nación causa la desdicha de sus individuos. Bolivia es una palabra. Bolivia no existe. Todo en su

historia denuncia el contrasentido. Carece de un contenido nacional y sólo cuenta con fuerzas regionales, siendo lo más fuerte del país el altiplano; pero el altiplano es trágicamente hostil. Todo en él es duro. Difícil, agobiador. Montañas descomunales: la naturaleza nos ha vencido. Tierra despoblada, sin conductores, sin técnicos, sin capitales. Políticamente, habitamos la ficción. Sucre hizo Bolivia para impedir que una gran nación creciera al sur de la Gran Colombia. En realidad, jamás tuvimos puerto; somos la nación mediterránea por excelencia, alejada del mundo. Las pequeñas naciones sudamericanas — ¿tres, cuatro? — están destinadas a desaparecer, pero ellas tienen siquiera un alma, un estilo nacional. Nosotros ni eso. Nada nos unifica, todos nos separa: la geografía como la pequeñez moral en que nos debatimos. La nación es una unidad política y de espíritu, pero en Bolivia una parte del país tiende al Pacífico, otra al Atlántico; y el núcleo, la meseta central, queda terriblemente aislada. Estrechos de ideas, mezquinos de actos, los bolivianos ignoran dónde van. Mientras el mundo circundante se afirma cada día más — cada día, cada hora, hay más espíritu nacional en Argentina, en Brasil, en Chile, en Perú, en Paraguay — nuestro mundo interno se fracciona y se disuelve lenta pero inexorablemente. No somos nación; nunca fuimos. Y al cabo de la segunda contienda mundial. Quedamos tan rezagados como antes: sin población, sin caminos sin industrias, sin vías propias y directas de contacto con la civilización. Bolivia agoniza detrás de sus montañas. Nadie puede detener esa agonía.



COPACABANA

Ayer "mirador de la piedra preciosa", adoratorio donde "kolla rindió culto totémico al jaguar. Ayer escenario del martirio de Thunupa, el cristo andino. Hoy santuario cristiano, abolengo de fe, consagrado a la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Copacabana.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia)

Para el optimista, Bolivia es un prodigio, su nombre lo prestigia todo. Nada es lo que ha perdido; muchísimo lo que conserva: inmensos territorios, fabulosas riquezas. La clave del pasado americano, la futura grandeza continental, constituye en este gran país dormido, porque Bolivia duerme, en espera de su hora y su victoria. ¿Quién resistió mejor? ¡Nada puede contra ella!. Enclaustramiento y mutilaciones, desorden y ensimismamiento, su abrupta geografía, su difícil desarrollo, son meros accidentes: pasarán. No es malo el boliviano; si sabe odiar, es que sabe amar. Disciplinado por una dinámica social, irá muy lejos. El estilo nacional es hoy la dispersión, mañana será la integración de los contrarios. Escasean conductores, más nunca el necesario para el trance decisivo. El señorío estratégico y económico del hemisferio sur, lo ejerce la plataforma andina: todo converge y se comunica por el espinazo de la gran cordillera. Bolivia es la más fuerte realidad política y geográfica de América. Somos pocos pero osados, infortunados pero estoicos. Desordenados, pero tenaces y ambiciosos. ¿Qué importan los contratiempos pasajeros, las apariencias desfavorables? Somos los mejores, porque mantuvimos la nación frente al fatalismo histórico, en desigual competencia con vecinos más rudos y potentes. Sólo nos faltan organización interna y la adecuación de la técnica moderna. No necesitamos de nadie; el boliviano se basta a sí mismo. El suelo de oro. La raza de bronce. El espíritu de fuego. Nada nos falta, lo tenemos todo. Espacio para cien millones de almas, tiempo ilimitado para crecer explotando nuestras grandes reservas naturales. Bolivia es una gran nación en ascenso. Nadie puede detener ese ascenso.

¿Tiene razón el primero o el que acierta es el segundo? Ni la visión plorante del pesimista, ni el miraje excesivo del optimista. Miremos con ojos de Thunupa nuestro drama nacional.

No hay fatalidad, no hay mesianismo. Sólo una ley de crecimiento que impone abnegación, perseverancia, disciplina. Somos la nación en germen. ¿Cuál es nuestro puesto en América? No importa distanciarse de los primeros, si sabemos evitar ser de los últimos. No son los bolivianos consecuencia de una patria inerme y desdichada, sino la patria desdichada e inerme el defecto plural de los bolivianos rebeldes al equilibrio organizado. El pesimismo disuelve, el optimismo engaña, el sentido de proporción dice la verdad. Todo se hace difícil en Bolivia, porque el boliviano es difícil, complejo, contradictorio. Vivimos en los extremos: abatimiento o delirio de grandeza. Agorería o fanatismo. Pocos saben que la patria verdadera se prueba sólo en el anhelo y el

desvelo de las almas. ¿Qué es Bolivia? Bolivia es una dura realidad y una gran esperanza. A nosotros queda confiado superar esa realidad y alcanzar esa esperanza. Patria es primero una idea; luego un hecho. La ética anterior a la geografía. La patria entrañable, la patria primordial, es siempre subjetiva. Y es en ella que se apoya y se edifica la otra, la patria jurídica, histórica y social. ¡Capitales, caminos, industrias! — clama el ansia utilitaria del siglo, olvidando que los grandes móviles de la vida fueron siempre románticos, y que sin una herramienta de fe no hay edificación colectiva. Nada es una voluntad actuante, si no viene impulsada por un ideal responsable. Patria es responsabilidad, servidumbre voluntaria, vigilia permanente. El combate de la fe y de la constancia que se muerde con el pan de cada día. Por eso el patriota responsable proclama: contra las almas relajadas, el espíritu de lucha. Contra la indolencia y el desorden, un principio de responsabilidad compartida. Contra el resentimiento que dispersa, la generosidad que liga y consolida. Y como todo idealismo acude a una estrategia para realizarse prácticamente, la estrategia nacional debe ser aquella de la marcha del indio: despacio y derecho a su fin. Son las obras desmedidas, las impacencias ardorosas las que pierden a los bolivianos. ¡Véd cómo avanza el autóctono por el océano altiplánico! Paso a paso, viajando de día y de noche, con ritmo lento pero seguro. Y es la marcha india, la que necesitamos para todos los modos de nuestra vida nacional e individual. Saber querer. Saber poder.

Aplicando la hermosa idea rilkeana, la Nación, como el mar, aunque tiene una designación en los mapas y entre los hombres, no es en realidad más que extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la extensión de nuestro territorio, la profundidad de las razas que lo pueblan, ajustar el ritmo de lo extenso con lo profundo. ¿Qué somos, qué podemos ser? Es toda la gramática para una construcción nacional. Somos la nación mínima; aspiremos al Estado orgánico. ¡Urge despertar! Más no al sueño peligroso del nacionalismo excluyente, que termina siempre en el absurdo imperialista, sino a la verdad de la nación entera y justa. Fuerte sólo para cortar la carrera de las mutilaciones territoriales y abrirse paso al mar; grande y magnánimo en la paz, en el trabajo, en la ordenación espiritual. En la América del Sur, donde existen ya potencias continentales, estados medios, y naciones mínimas, nuestra tarea presente debe mirar a un futuro próximo: el Estado orgánico, sin delirio de grandeza, sin penosas debilidades, para que entre la pequeñez turbulenta de los unos y el crecimiento desmedido de los otros, Bolivia represente el equilibrio justo de la salud consciente de sí misma.

Pregúntese al boliviano qué es Bolivia. No lo sabe. Dará mil respuestas vagas, sin acertar en la síntesis. Es difícil leer un mapa, porque se ignora el territorio. Poco dice el pasado, que llega sólo a través de un río de sangre y pesadillas. Historia y geografía, los dos instrumentos de precisión por los cuales los pueblos toman conciencia de sí mismos, escapan todavía a la comprensión nacional. Ignorantes instintivos y reactivos, los bolivianos duermen en el ocio. Estudiar es penoso. Aprender difícil. Moverse y ordenar el país, misión de titanes que muy pocos quisieran afrontar. Por eso escasea entre nosotros el estadista, el conductor de pueblos; y sólo tropezamos con teorizantes o ambiciosos, que van al poder en pos de utopías o de hacienda, con abstracción de la grave responsabilidad de hacer nación.

Bolivia, la verdad de cada uno, es el enigma para todos. ¿Qué sabe el montañés de los llanos orientales? ¿Qué el hombre de la llanura de los hombres del altiplano? ¿Qué el morador de las zonas templadas del trópico y del Ande? Las diferencias geográficas conforman la diversidad de los grupos étnicos; y el espíritu regresivo de la nación mediterránea — ensimismamiento, molicie, hurañía — cunde por la extensión del territorio, cerrando el acceso a las almas como se cierran las regiones. Carecemos de un espíritu territorial. Enclaustrada en sus montañas, confinada en sus fronteras despobladas, la nación padece ansia de unidad. Examinemos el drama geográfico: es análogo al sino psicológico: allí la desproporción abrumadora entre suelo y poblador, la diversidad y la distancia anulando cercanías; aquí el hermetismo y el recelo, la ruptura espiritual impidiendo entendimiento. La desazón que nace de contemplar la ignorancia en que vivimos respecto al territorio, acrece al observar los accidentes del paisaje humano. ¿Qué es el gobernante para el opositor? “¡Un bellaco!” ¿Qué el opositor para el gobernante? “¡Un despechado!” Y las dos facciones se combaten enconadamente, despedazando en lucha fratricida la patria que no pueden conciliar sus corazones. Caciquismo puro. Divididos y encontrados viven los bolivianos: divididos por designios de la naturaleza, encontrados en la tempestad de las pasiones.

Unos caen en el nihilismo disolvente, otros en la nación ciega y engreída; pocos son los que afrontando el caos aceptan la inmensidad de una tarea ordenadora, y sacando fuerzas de su propia flaqueza, levantan los soportes del futuro con las dificultades del presente. En Bolivia todos quieren mandar. Nadie quiere servir con humildad y honestidad, en dación de amor, como manda el Evangelio, como sirvieron todos los constructores de patria. ¡Osad, perseverad, buscad la energía en vez del oro! — dijo el pensador novecentista —. No basta. Hoy el mensaje es más

explícito y severo. La energía pura, el atrevimiento sin brújula, la suficiencia orgullosa, desembocan al vacío. La nueva voz de orden es una prédica consciente de amor y de acción responsable. ¡Conoceos, disciplinaos, servid sin recompensa!. Necesitamos una moral de sacrificio contra la moral de utilidad que nos socava. La naturaleza crece en extensión, el hombre en profundidad, la patria, hija del suelo y del espíritu, en ambas dimensiones, que donde uno ignora la profundidad del sacrificio, tampoco alcanza la otra extensión de lo durable. A mayor trabajo, celo más hondo. Dinamizado el boliviano, comenzará a moverse el territorio; y por el despertar de hombres y tierras, ascenderá el rumor de la patria nueva. Es todo el ciclo poético de las naciones: extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la medida física de nuestro país; profundizar su medida espiritual; y recién con el dominio de la una y por la purificación de la otra sobrevendrá la patria surgente de un destino mejor, que al cabo el hombre señor de sí, del mundo y de las cosas, es el núcleo magno donde nacen y perecen todas las acciones.

Por tres caminos podemos avanzar a una patria mejor:
La revisión del pasado.
La dinámica de aventura.
La moral de sacrificio.

Vamos al primero. ¿Cuál es la historia de este pueblo tan antiguo que su existencia no puede contarse en años, tan joven que tampoco puede medirse en siglos?

La leyenda negra de Bolivia nace de una experiencia muy ancha y de un juicio muy angosto. Fueron tantos los acontecimientos y tales los hombres, que la visión panorámica se pierde en el horizonte cárdeno cerrado de tumultos. En sustancia, en colorido, nuestro pasado republicano es el más novelesco del continente; de aquí que el historiador suela extraviarse, perdiendo la visión del conjunto por perder el episodio, cuya riqueza ornamental esconde muchas veces la noble severidad del edificio. La leyenda negra nace de las mutilaciones territoriales, del motín permanente, del caudillaje militar, de esa larga serie de infortunios y desórdenes propios de las naciones jóvenes. Ese espíritu festinatorio, esa impaciencia que un escritor señala como característica de la vida boliviana, a nada le aplican mejor que a la falsa interpretación de nuestro pasado: se ha visto poco, se ha entendido menos. La festinación y la impaciencia recaen, pues, sobre el juzgador. Y así nace la escuela pesimista: Moreno, Tamayo, Arguedas, son negadores de la nacionalidad. Blancólatra el uno, indianizante el otro, mestizófono el tercero, todos tres padecen un morbo psicológico de resentimiento y precipitación. Miran el conflicto lógico por su drama personal: Moreno, Tamayo, Arguedas, hombres-islas, islas-pensantes. ¡Estupendos resentidos! Porque la nación no se conforma a sus propias teorías abominan de ella, imprecan al destino, falsean la historia, reniegan de la raza boliviana — raza mestiza, raza compuesta, raza en formación — porque atentar contra uno de sus elementos étnicos, es ir contra el conjunto indivisible de los tres ingredientes principales que la componen. Bien leídos y en materia sociológica, Moreno amarga, Tamayo engaña, Arguedas envilece. ¿Cuál es la herencia que nos dejan? El odio de clases, la destrucción de los valores, la negación del porvenir. Calamares de la historia, bañan hombres y sucesos en la tinta negra de un pesimismo fatídico. ¡Tanta y cruenta injusticia para juzgar una patria que no ha terminado de nacer! ¿No dicen la biología política y la técnica económica que asistimos recién al despertar de Bolivia? Los agoreros prefieren preparar su entierro. Se ha proferido ya la palabra “liquidación”, sin medir el alcance nocivo del concepto, digno de pueblos seniles, no de colectividades jóvenes.

Miremos el pasado republicano desde un ángulo visual más extendido, desechando la falta de probidad y la ignorancia de los sociólogos. Falta de probidad porque no es lícito medir a la infancia con la vara intolerante de la senectud. Ignorancia por desconocer las leyes de la historia, que con ser ciencia tan vasta, sutil y complicada, no deja de tener las suyas, aunque sea arriesgado definir cuándo soplan por ellas el designio divino, la causa natural, o el propósito humano. ¿Qué enseñan esas leyes? Que las naciones como los individuos son organismos en constante mudanza, que no caben en marcos rígidos por pertenecer a una norma fluctuante de formación y deformación. ¡Famosas naciones de la antigüedad, potencias de la época moderna! ¿Qué fueron en su origen o en determinado tiempo? Centros de abyección. La crueldad de los imperios asiáticos estalla al pie del himno védico. Grecia, madre creadora del arte y de la ciencia, engendra el pueblo más ingrato y veleidoso con sus hijos ilustres. La gloria de Roma vacila entre heroísmo y corrupción. El orden metafísico del medioevo tuvo que superar primero los horrores de la barbarie merovingia. Y en épocas más próximas: ¿no soporta Rusia siglos de esclavitud, antes de alcanzar su resurgimiento nacional? Inglaterra, dueña del mundo, sapiente conductora de pueblos, ¿no tiene un pasado oprobioso de crímenes y reyes fementidos? Historia es, pues, una sucesión de ondas contradictorias. ¡Ay del que edifica en la espuma sin reparar en la ola! El planteamiento nacional debe ser: no somos mejores ni peores que las demás comunidades que en el mundo han sido. ¿Miserias? Las tuvieron todas. ¿Grandezas? Ni nos sobran ni nos faltan.

Rechazando por igual la lente rosa de los optimistas y la negra lente de agoreros, nuestra historia ha de mirarse por el vidrio blanco de la verdad. ¿Que nuestro pasado republicano es un descenso? Aunque así fuera; caer no es sucumbir. Hombres y naciones se miden por su entereza para levantarse después de una derrota. Esa rápida desorganización social propia de los Estados en formación, no entraña enfermedad sino salud. Es el vigor excesivo de naturalezas jóvenes que irrumpen en la crisis atropellando todo. La República, para nosotros, representa una durísima enseñanza y una augusta experiencia. Caos y promesa de resurgimiento. Esta patria desgarrada por todos los infortunios, lleva en sí misma el sello de su permanencia. “Bolivia, santa y mártir”—clama el novecentismo quejumbroso, sumiéndose en la niebla de la desdicha. ¡Estoica y fuerte Bolivia! — responde el alma joven, superando el desorden con la voluntad de ser.

Una nación no es como un hombre; necesita varios siglos para desarrollarse y redondearse — sostiene Ganivet— y su grandeza no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia.

¿Conocen esta ley de crecimiento lento los historiadores tenebristas, los sociólogos jeremiáticos que nos dieron un pasado de cieno? No la conocen. Su visión corta comienza en la República, ignorando que antes fueron la Colonia, el Incario, los Imperios kollas, la Gesta Andina, núcleos vivos, centros de irradiación espiritual que atestiguan nuestra antigüedad. La historia de Bolivia principia con la cosmogonía andina. Para comprender lo que somos, debemos saber lo que fuimos: políticamente somos los más jóvenes, históricamente los más antiguos. Bolivia, pequeño organismo nacional en el siglo XX, es la cuna geológica y cultural de América. Y si nuestra misión actual es una de equilibrio entre mesianismo y debilidad nacionales, no por ello hay que olvidar la grandeza de nuestra permanencia en la historia. La revisión del pasado es obra de la escuela: un mirar más largo, un horizonte histórico más extendido, un sentimiento más hondo del suelo y de la raza. Pero lo urgente consiste en rectificar el miraje republicano, que por su mayor proximidad es el que más influye en la formación del espíritu nacional.

El fetichismo por lo heroico es peligroso; mas un pueblo sin tradición, es el otro despeñadero de la historia. No hay nación por pequeña que sea, sin hijos representativos. Nosotros tenemos los nuestros; civiles y militares, grandes y pequeños héroes al fin, modeladores de virtud en el alto sentido carlyliano, a la medida de su medio físico y espiritual. Exagerarlos, sería injusto. Disminuirlos, ingratitud. ¿Hay ojos que no ven la llamada emancipatoria? ¡Ojos de ciego! ¡Oídos que no escuchan el clamor de las batallas? ¡Oídos de sordo! ¡Corazones que no sienten el sacrificio anónimo de millares de patriotas, que rindieron hacienda y vida por la libertad? ¡Corazones de piedra! Hay más lecciones en la Guerra de los Quince años, que cumbres en la andina cordillera. ¡Estudiad, revivid la epopeya del pueblo en armas! Granan los ejemplos, las enseñanzas granan. Para concluir con la tesis humillante del “pueblo enfermo”, bastará el sentido resurrector y unificante de la gesta libertaria: todos fueron, si no grandes, dignos, lo mismo los caudillos que las muchedumbres. Y si el cholo Pedro Domingo Murillo va en cabeza, es porque supo llevar hasta el patíbulo su convicción de patria libre.



ILLIMANI

El cerro tutelar emerge solitario en la impetuosa cordillera. Empinado sobre un encrespamiento de montañas, dicta su religión telúrica al aimára “Illimani” —el resplandeciente— dice la leyenda. Y en el monte arcangélico duerme su sueño de nieve la teogonía andina.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S.M. Británica en Bolivia).

Quince años de lucha por la libertad... Es algo que no meditamos lo suficiente todavía. Aquí no lucen el paladín homérico ni el caballero medieval. Pero estos varones intrépidos que a fuerza de coraje y de constancia, conquistaron para nosotros el derecho de vivir libres de esclavitud, cumplieron el precepto senequiano: no dejarse vencer por nada, mantenerse siempre

erguidos, en la prosperidad o en lo adverso, merced a la fuerza-madre interior, al eje diamantino del espíritu ¿Buscó alguno fama, poderío? Sólo el derecho de vivir en la igualdad; criollos, mestizos, indios, construyen con su sangre patria autónoma. Acobardado por la ausencia de un escenario épico fastuoso, hay historiador que lamenta la falta de héroes en la Guerra de la Emancipación. Los héroes se hacen a la medida de los pueblos: si grande es nuestra fe, grande será la tradición; si misero el sentimiento nacional, misero el recuerdo. El error está en pensar que sólo hay heroísmo en las batallas. Bolivia tiene dos tipos de héroes que construyen las naciones: el héroe-muchedumbre y el héroe-conductor.

El héroe-muchedumbre está formado por labradores, peones, soldados, toda la variedad de la fauna social. En él se confunden el criollo acomodado, el cholo ambicioso, el indio resignado. Y ésta es, quizá, la más alta forma de heroísmo, porque nadie entraba a la multitud para hacerse un renombre, sino para servir oscuramente un ideal de libertad. Nataniel Aguirre ha evocado en *Juan de la Rosa* esos tiempos ejemplares, este libro relata en forma patética y poética, el dramático nacimiento de la república. Furor de actuar, afán de inmolación. Hombres y mujeres, niños y ancianos, rivalizan en valentía; las mujeres de la Coronilla, no son sino la concreción episódica de esa voluntad de ser nación. ¿Cómo pueblos diminutos, desorganizados, sin ciencia estratégica, sin equipo militar, pudiendo acabar con el Imperio Español? El héroe-muchedumbre en nuestra historia nacional, supera — si no en grandeza — en largueza al héroe-muchedumbre de cualquier país sudamericano. Por eso, habiendo sido los primeros en alzarnos contra el yugo peninsular, fuimos los últimos en obtener independencia. Y esto solo debería bastar — el sol de la constancia — para desmentir la negación de los sociólogos.

El héroe-conductor no es menos digno de renombre. Podríamos formar el Romancero Boliviano, si nuestros poetas buscaran inspiración en las vidas heroicas que animaron la Guerra de los Quince años. No hay figura que alcance la estatura de un Cid; pero varias que se parecen a nietos del Campeador. Comencemos por los precursores, porque con ellos nace la república. Los dos Catari, Vela de Córdova, Calatayud, Pagador, Gallardo, Alonso de Ibañez, Tuphuj-Katari, son la primera lección viva del pasado inmediato. No es su intrepidez para el combate la que se debe recordar, sino la entereza con que abrazan un ideal de autonomía. Son ellos: los precursores, paladines de un torneo sin palenque rompiendo yugos como romper lanzas; y porque supieron entregar sus vidas por amor, la salvan — como dice el místico — para una eternidad de gloria. La gesta de los guerrilleros es cosa de maravilla, el heroísmo de la humildad contra el heroísmo de lo épico. Se sirve sin esperar recompensa. Se lucha, se sufre, se calla con estoicismo indio. Pero nadie se rinde. Unos eran fuertes y enérgicos, otros pequeños y nerviosos; todos estaban desnutridos, mal armados, acosados por un adversario más potente en recursos y en ciencia militar. Maestros de la estrategia improvisada, se adaptaban al lugar y al instante, cada cual peleando en su pequeño grupo, sin esperar ayuda, sin pedir ni dar cuartel, reducidos a su propia iniciativa y a su solo coraje. Los guerrilleros de Kutuzov, hostigando a las huestes napoleónicas después de Borodino, son menos grandes que los guerrilleros altooperuanos que salvaron de asalto en asalto, de retirada en retirada, de aventura en aventura, y en cinco mil días de lucha cruenta y desigual, el derecho a vivir libres de opresión.

¡He aquí un estado mayor que disputarían el mármol y la lira, escogido entre ciento dos caudillos, de los cuales sólo nueve sobrevivieron a la victoria final! Warnes, los dos Lanza, Mercado, Camargo, Zárate, Arze, Betanzos, el cura Muñecas, Méndez, Arenales, José Miguel García Lanza, Juana Azurduy de Padilla, y aquel don Manuel Ascencio Padilla, prototipo del varón justo y esforzado, cuyas hazañas bastan para el decoro de un pueblo. La Guerra de las Republicuetas, que arranca la admiración del historiador extranjero, ha sido subestimada por los bolivianos. Todavía ignoramos los tesoros de heroísmo y edificación moral que guardan las guerrillas: vidas extraordinarias, protagonistas de biografías que aún no se escribieron, porque habituado a vivir entre montañas, el boliviano no repara en eminencias geográficas ni humanas. Por sólo esta guerra trágica y genial, fecundada en mártires, proezas y caudillos, podemos decir que no somos hijos del azar, sino herederos de una epopeya de valor y sacrificio.

El santoral patrio es rico en figuras señeras. ¿Se quiere un modelo de adalides frustrados? Lo tenemos en Clemente Diez de Medina, gestor del movimiento abortado del 30 de marzo de 1809, combatiente en Maipo y Chacabuco, que después de sacrificar hogar y hacienda a la causa libertadora, cede el mando a Murillo comprendiendo que sus antecedentes familiares le impedirán conducir el movimiento revolucionario. En los primeros tiempos de la república, al conocer el atentado contra Sucre, Diez de Medina rompió con los hombres encerrándose veinte años en su finca de Calachapi. Así fueron los fundadores de la república: grandes en el hacer, grandes en el callar. ¿Se busca una figura romántica, que inmortalice el coraje y el lirismo de la raza? He ahí a Huallparrimachi, noble por su ascendencia indígena, noble por su origen hispano, noble por sus sentimientos. El dulce poeta quechua, que suavizara con su zampoña trémula el áspero destino de

los Padilla, rindiendo la vida en flor en un combate, es el símbolo de esa juventud altooperuana que fue a la libertad por los caminos de la muerte. ¿Se pide un caudillo entero, tallado en fibra pura, capaz de sobreponerse a la flaqueza, a la calumnia, y a la ingratitud? Nombremos a Murillo, el valeroso, el astuto y calumniado, que redimió en la horca la desdicha de pertenecer a un pueblo negador de sus valores. El Caudillo de Julio es el arquetipo de la más alta varonía, de aquella que se recupera aún del error o caída para proseguir su misión. A Murillo hay que medirlo con la vara de la grandeza y de la miseria humanas: un hombre. Entonces aparece verdaderamente grande, porque no es el hijo del destino favorecido por los dioses, sino la criatura de su empeño que se forja aún contra el designio de los hados.

¿Estoica y fuerte Bolivia! ¿Por qué se mira sólo tu decrecer territorial, olvidando la virtud de un pueblo fortalecido por el dolor?

La República no es el caos, sino el resplandor sobre el abismo. ¿Qué oponer a las miserias del reciente pasado político? Un puñado de nobles y altas enseñanzas. Por cien desastres, diez victorias; y no hablemos de empresas guerreras, sangrientas y fugaces, sino de aquel otro modo de victoria, cuando el hombre lucha consigo mismo al vencerse a sí, acaba por imprimir su propio decoro a la comunidad que lo contiene. Junto a la patria sombría del caudillaje y del desorden, se alza la patria pura de los varones rectos, si menor en estatura, mayor en fortaleza espiritual, que al cabo el tiempo disuelve los horrores de los déspotas y magnifica la tarea de los justos. ¿Fueron las revoluciones pasto de ambiciosos? También el arma de los pueblos para defender su libertad. Por cada diez revoltosos asalariados, hay siempre un ciudadano consciente que lucha con desprendimiento en la montonera republicana; y el sacrificio de ese hombre consciente nos redime del tumulto colectivo. No todo fue abyección e indiferencia. Baste recordar que cuando sable y espuela señorean el escenario patrio, cuando las gentes acobardadas enmudecen y la vida de los bolivianos pende del que manda, un tribuno salva la dignidad de su pueblo denunciando los errores del despotismo analfabeto. Evaristo Valle no es el único "thunupa" en la hoguera republicana; otros como él desafiaron virilmente al despotismo. No hay que detenerse mucho en las luces de Iruya, de Socabaya, de Ingavi, ni en las sombras del Pacífico, del Acre, del Chaco. Reflexionemos más bien en este milagro de resistencia; cómo un pueblo siempre impreparado, escaso en conductores, pobre de recursos, lucha valerosamente por sus fronteras afrontando las dos hidras del aniquilamiento nacional; un adversario más potente que golpea desde afuera y un enemigo interno que debilita desde adentro. El sacrificio de millares de bolivianos caídos en seis guerras, nos gana el derecho a la supervivencia. Bolivia debe tomar su fuerza de su propia debilidad: aprender de sus yerros, levantarse en las caídas, unificarse en el ideal y en el esfuerzo. La constante desmembración territorial sólo admite un corolario: conocerse, comprenderse, luchar por una estructura nacional firme y coherente. Compactarse.

¿Por qué se magnifica la patología histórica y no las enseñanzas éticas? Porque se confunde historia con anécdota y tradición con melodrama; pero se producirá un cambio de eje fundamental en el modo de concebir la historia y en la manera de enseñarla, en la formación misma de nuestro carácter nacional, cuando se conceda escasa atención a los bandidos y mucha a los honestos. El cambio de concepto, el cambio de enseñanza, deben ser totales: subestimar la destrucción, destacar los conductores. Todo ese período rojo, esa época sangrienta y de pesadilla, cuyos capítulos se nombran "belcismo", "melgarejismo", "dacismo", debe ser reducido a su mínima expresión. Basta de motines, revoluciones y traiciones. Todas las fechorías de los demagogos y los déspotas que entenebrece nuestra historia, nada son frente a una sola vida de virtud y de trabajo. Es injusto, es pernicioso que concedamos tanto campo al recuerdo de figuras como Belzu, Melgarejo, Yañez, Daza y tan escaso a la memoria de Taborga, Indaburo, Santistevan, Bosque, verdaderos guías de la grey cristiana. Los historiadores nacionales se acercan con morbosa preferencia a los tiempos de tumulto y de vesanía, volteando las espaldas al trabajo paciente y abnegado de los justos. ¿No es una aberración que hasta los niños sepan cómo fueron las Matanzas de Loreto, mientras pocos son los adultos informados del genio científico de Aspiazú? Si nuestro medio es rico en perfidias y desórdenes, es porque la escuela enseña perfidias y desórdenes; la finalidad pedagógica de enseñar con el mal ejemplo, se destruye frente a un morbo psicológico de imitación: la audacia, la traición, la irresponsabilidad, nos son inculcados con ese concepto policiaco de la historia, que hace de luctuosos sucesos memorables hazañas. ¿Cómo se debe enseñar la historia? En vez del motín y del botín, la servidumbre de las causas nobles. El superior espíritu de aventura, capaz de rendir la vida por un móvil altruista. La fe, la constancia, la abnegación de los caracteres intrépidos. La virtud paciente, la mansedumbre fuerte de los rectos. Y sobre todo la lección del idealismo consciente, de la energía contenida que sabe de dónde parte y a dónde llegará, contra la farolería caciquista y la violencia desatada, que con una mano levantan torres de grandeza y con otra las derrumban. Contra el genio levantisco de la raza, oponer la dura escuela ascética de los hombres de acción: hay que mirar largo y tendido sobre las rutas de Campos, de Palacios, de Vaca Díez, de Armentia, de Pando, de Suárez; geógrafos, exploradores,

colonizadores, que abrieron con su celo y su desvelo las puertas de la gran nación futura. Estos son los auténticos creadores de patria, las vidas ejemplares que Bolivia debe honrar, infundiendo a las nuevas generaciones ese “genio caminante” que hace de pequeñas colectividades grandes pueblos.

Una ley biológica determina: luchando, transformándose, violentando al azar se hacen las naciones. Si a cuchillada lenta la naturaleza, a puñal tajante la historia. En los cuerpos orgánicos como en las comunidades saludables, sobreviven sólo aquellos que resisten y superan el desastre. Bolivia, imán de adversidades ¿no es también la aguja magnética de un renacer futuro? La República ¿no ha sido un prodigio de supervivencia en el torbellino? Y este aferrarse inaudito a la vida; esta conciencia social en lucha desesperada con la barbarie; esta voluntad de resistencia obstinada ¿no valen por una ética de superación? Batalla sin tregua, gesta apocalíptica contra la naturaleza, contra el destino, y entre los hombres, acaso dará estabilidad a la nación cuando cada cual se haya templado en el dolor.

La historia — dice un moderno investigador — es como la vida humana: imprevisible, espontánea, como ella hija del momento, de la situación y del carácter diverso de los personajes de su drama. Se verifica en la lucha, por saltos y sorpresas, pasando de la hybris al equilibrio, por una ley bienaventurada de transformación. Los grandes pueblos no tienen “un” origen, “un” apogeo, “una” decadencia; están naciendo, creciendo, decreciendo, y renaciendo siempre. El saber histórico es pues un saber en movimiento, que fluctúa entre miseria y excelencias. ¿Qué la República ha sido entre nosotros un fracaso? Error de visión: sólo un contraste pasajero. Y aquí está, para demostrarlo, el friso heroico de los adalides, que Bolivia también los tiene como probanza de su decoro nacional.

¡Friso pindárico de los creadores y sostenedores de Bolivia!

Lo abre la pareja sagrada: Simón de América, José Antonio de Ayacucho, guerreros de leyenda, padres de pueblos, manes tutelares de la patria andina. Viene luego Santa Cruz, el Protector, cuyo genio político se anticipa en un siglo a su tiempo. Creador de las bases jurídicas y económicas del Estado naciente, el Mariscal de Zepita dió a Bolivia peso propio en el juego continental. Sin la espada de Ingavi, la obra del crucismo habría perecido. José Ballivián defiende y consolida la nacionalidad, combatiente afortunado, gobernante constructivo, Ballivián completa la tarea ordenadora de Santa Cruz. De mirar más largo el Hombre de Zepita, de zarpa más precisa el de Ingavi, ambos se integran y unimisman en la misión de afirmar una patria dispersa. Linares, la gran figura trágica de nuestra historia, aparece nimbado por el esplendor de un sueño excesivo y el halo tenebroso de una voluntad inexorable. Es el Reformador, el gran “Thunupa” republicano, que atiende a la enmienda de la conducta y arroja del santuario de la patria a los fariseos de bota, de levita, de poncho y de sotana. Queriendo hacer una nación, Linares se destruyó a sí mismo; y si un alma se mide por la estatura de su sueño, el Dictador era en verdad muy grande para un pueblo muy pequeño. ¿Qué decir de Frías, el incorruptible, que se mantiene sin mengua y sin reproche en la vorágine de las pasiones? Frías simboliza la tradición civil en su grado más excelso. Adolfo Ballivián, perfil romántico y sereno en el turbión del caudillaje, encarna el noble señorío de los patricios antiguos: buscad en él la pureza, el idealismo, la acción infortunada de los grandes soñadores. Campero o el deber. ¿No es así como debemos honrar al único caudillo militar que respetó la ley desde el poder? Narciso Campero es el despertar de la conciencia nacional, el Moisés paciente y esforzado que conduce a su pueblo entre riesgos y penurias, en pos de la tierra prometida de un destino mejor. A Campero hay que recordarlo en esa escena esquiliana del Campo de la Alianza, cuando envuelto en los pliegues de la tricolor sale al encuentro de un segundo ejército después de haber perdido otro, enseñándonos con su fe y con su constancia a ser hombres en la derrota. Arce minero y visionario de las ferrovías, también es grande a su manera; la Nación le debe empresas industriales, caminos, su vinculación por el riel a la costa del Pacífico; y un espíritu tenaz y laborioso digno de imitar. Baptista, tribuno insigne, católico militante, consumado político, no es menos admirable que Pando, geógrafo, explorador, y hombre de Estado, cuyo gobierno se asienta en el orden y en la responsabilidad. Montes, creador de la nación moderna, luciría sin desmedro junto a los mejores estadistas europeos. Aún dentro de las limitaciones de su época, jamás Bolivia fué más Estado, en el sentido político y realista del término, que durante los veinte años que la condujo — directa o indirectamente — la mano ordenadora de Ismael Montes. Montes o el carácter: he aquí lo que debemos aprender. Saavedra, caudillo intolerante y combativo, es el político que construye sin dejar de combatir. La nación le debe progreso y sentido previsor; y el ejemplo de ese estilo kolla de gran empuje que avanza a través del acierto o del error, de la cordura o la violencia, pero avanza siempre, porque avanzar es construir. Tejada Sorzano, el gobernante responsable, aunque su paso por el poder es breve, pasa en trance decisivo con eficacia y dignidad; hay que retener la enseñanza moral de ese trance. Y aún tenemos para cerrar el friso, dos figuras singulares. La imagen de la senectud extraviada:

Salamanca, que aún dentro del error es siempre grande. Y el perfil de una malograda juventud: Busch, capitán del Chaco, símbolo de la osadía, del espíritu resurrector de nuestro pueblo, que fue a encontrar en el caño de un revolver, la patria que no pudo forjar con sus manos presurosas y angustiadas.

Si la revisión del pasado entraña un nuevo sentido de patria, la dinámica de aventura será el instrumento para realizarla.

"Guerra es la vida del hombre sobre la tierra", enseña el Libro de Job. Y el mejor combatiente será siempre el inconforme, el rebelde contra sí y contra el mundo, el eterno insatisfecho en la aventura humana. El que se mueve, el que busca, el que combate. Mas no hay que confundir dinamismo con actividad desenfrenada, ni aventura con mero amor a lo desconocido, fuerzas ciegas que desembocan al vacío. Sólo cuando el pensar concierta con el obrar, cuando detrás de la acción hay un móvil responsable, aparece la dinámica de aventura, que es una explosión de energías físicas al tiempo que una disciplina espiritual. Movilizar el ser - cuerpo y alma al par - en una empresa de constancia y de conciencia. ¡Partir! Es hoy la voz de acicate. ¡Llegar y organizar! La meta que cierra la aventura. Basta de motines y oratorias, fuera la energía sin freno. El mundo necesita varones más fuertes y más ágiles, adecuados a una sociedad que será cada día más sabia, más sutil, más complicada y también más exigente.



QUIMSA CRUZ

Roca. Nieve. Cielos y montañas. Por el talud inverosímil descuelga el nevado su túnica armoniosa. Ásperos filos, crestas desafiantes, nubes que anuncian la tormenta. Y del vértigo del paisaje brota una revelación: los Dioses telúricos nacen de la tempestad.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

Confiemos en un renacimiento nacional como confiamos en el poder resurrector de la naturaleza humana. Amar a estos indios, a estos cholos, a estos criollos bolivianos tales como son, con sus virtudes y defectos. Sentirse partícipes en sus ascensos y caídas, responsables por sus aciertos y sus yerros. Rechazar a los que perdiendo la confianza en sí mismos concluyen por perder el amor a su pueblo. Disentir de los que triunfando en la montaña, buscan patria grande para sus hijos en suelo ajeno. A los inertes rechazar, a los que soslayan el espíritu de disciplina por el espíritu de comodidad; a los censores implacables que adormecieron la fe de las multitudes con la exhibición de su miseria. Repudiar el desorden que paraliza, la politiquería que estrangula, el regionalismo que socava. Combatir el resentimiento, el impulso de pendencia, la explotación de los más. Pero aún reconociendo los males que nos afligen, presuponer la honradez intrínseca de cada cual, la capacidad regenerativa de los que erraron, el poder reconstructor de los que fueron fieles a su ideal. Pensar que no hay mejora donde no hay enmienda; que si anhelamos el resurgimiento colectivo, debemos empezar por una mística individual de disciplina y rendimiento. Es la hora del impulso consciente ley de la acción inteligente. Un partir que es un celar. Un andar que es un arder. Un llegar que es un partir. La tarea recomenzada del buen aventurero, sólo acaba con la vida; ¡siempre en ansia de mudanza y ordenanza, en busca del riesgo y del esfuerzo siempre!

¿Qué es lo que Bolivia necesita? ¡Hombres, solamente hombres! Voluntades de razón, no de violencia. La arrogancia del atleta, la elocuencia del político, la voracidad del negociante, no son los tipos de energía que requieren las naciones jóvenes; es la fuerza disciplinada la que mejor vive a la comunidad. Los pueblos tienen hambre de virtud, sed de eficiencia: aquí y en todas partes. Varones íntegros, generosos y resueltos, como aquel Guachalla que deseando sustituir el caciquismo por un sentimiento democrático, decía: "El pueblo mandará y yo obedeceré". No hacer

patria con criterio de mercaderes y deportistas, sino con la norma del padre de familia bíblico: asentando la prosperidad de la casa en la virtud del hogar. Nada que se asemeje al varón rudo de la civilización utilitaria, simple energía, músculo puro, instinto sin freno; mas el hombre fuerte dotado de alma y de razón; el que reconoce en la ley moral la ley de elevación de rango del universo; el que hace de la aventura humana una servidumbre voluntaria, un infinito aprendizaje en pos de una verdad y un bienestar que debe compartir con los demás.

Bolivia es un país nocturno: duerme. También los bolivianos son hijos de la noche: esperan. ¿Qué esperan? Acaso olvidaron que el hombre es criatura de sus obras y la nación hechura de sus hombres. Un inmenso territorio inexplorado, una pequeña población dormida, exigen la tensión salvadora del esfuerzo ininterrumpido: por la inquietud de los espíritus, al dominio del mundo y de sus cosas. Fuertes almas, viriles voluntades, para emplearlas en una dinámica de aventura, que sacuda el organismo nacional. Vikingos — diría Europa. Pioneros — la América del Norte. El Ande responde: "Mallku", señores de sí y de su suelo. Mallku, sapiente nombre indio, cargado de sentido para el desorden actual. El que sabe mandar, pero también el que sabe obedecer. El que toma la carga más pesada porque se le dió la más alta jerarquía. El que anuncia, el que ordena, el que dirige la batalla del mundo y el combate de las almas. El primero en el peligro, el último en el goce. Mallku: la mitad lleno de brío, la mitad rica experiencia. El que conduce no por ambición, sino por un sentimiento de responsabilidad social. Mallku, identificado en la leyenda aimára con el pájaro totémico, que como el cóndor es el de más largo mirar y el de vuelo más osado.

¿Aparecerá algún día entre nosotros el juvenil e intrépido impulso de conocer y de actuar, que hizo la grandeza de los griegos? ¿El mozo veinteañero que diga a su padre: "me voy, la ciudad me hastía; quiero saber qué hay más allá, formarme en tierra virgen, luchando contra la naturaleza y el destino?" Esa juventud existe, aguarda su oportunidad; tal vez comenzó ya su tarea, en forma tan reducida y silenciosa, que no la percibimos todavía. Es la fuerza surgente que se anuncia en el muchacho conductor de camiones, aquel que fortalece su carácter por los pésimos caminos de la patria. Un camión se enfanga en el altiplano. Bajan sus ocupantes, trabajan dos, tres horas, fracasan en rehabilitarlo. Alzan luego los ojos al horizonte y se ven perdidos en un páramo infinito: ¿dónde pedir auxilio? Por la desierta inmensidad de la meseta sólo hay silencio y soledad. Caminan largamente, hasta dar con una casucha indígena. ¿Qué puede darles el indio? Apenas tiene para su propio sustento; vive en la miseria y el abandono. Regresan los viajeros al camión y pernoctan en su plataforma arrojándose como pueden. Al amanecer, recuperando energías, lucharán con el fango y saldrán adelante. Pero esa noche, el cielo estrellado, meditan acosados por el viento de las punas: nuestra patria es esta inmensidad, este silencio, esta miseria, este abandono. Necesitamos poblar esta inmensidad, ahuyentar ese silencio, combatir esa miseria, colmar y animar ese abandono. En ellos, los viajeros, en los que se movilizan por sus propios medios, en los que afrontan la inmensidad y la dificultad del territorio, en los que reflexionan, aprenden y vencen del medio circundante, ahí alienta el espíritu de lucha, la dinámica de empresa que la nación requiere para un desarrollo orgánico.

Hay que movilizar al boliviano dentro de Bolivia. Lanzarlo a la aventura geográfica, a la peripecia viajera, a la comunicación territorial. No en son de turismo fiscal o privado, que es el peor modo de viajar, sino en empresa de riesgo, en aprendizaje directo con los hombres y las cosas, en contacto entrañable con lo que se quiere conocer. Porque viajar, entre nosotros, es todavía una escuela de formación moral. ¡Guay del que carezca de espíritu de iniciativa! Una abrupta naturaleza, la escasez de lugares poblados, el mal camino, la incomunicabilidad étnica y regional, miseria, soledad, silencio, son las espuelas ascéticas que requiere un carácter fuerte. ¡Si la energía estéril consumida en las luchas civiles se hubiese empleado en la exploración del suelo! Entonces conoceríamos Bolivia en su entrañable realidad—suelo, raza, cultura — y conociéndola seríamos los dueños efectivos de nuestra inmensa heredad y los señores de su destino. ¡Viajar, viajar! Necesitamos criaturas de voluntad, viajeros incansables. El día que el valluno sepa cómo vive el llanero, el día que el llanero conozca cómo reacciona el hombre de las punas, el día que el montañés se entere de la psicología en los llanos y en los valles, ese día estaremos en los umbrales de un conocimiento nacional. Dinámica de aventura será pues un moverse dentro del propio y extensísimo solar; una marcha hacía adentro. Bolivia debe conocer Bolivia. Con riesgo, con tesón, con sacrificio; porque avanzar y aprender y hacer en un país nocturno, es tarea más difícil que prosperar dentro de las naciones diurnas, donde la acción humana se simplifica por la máquina y la técnica. Viajar, aprender, enseñar y aplicar lo que se aprende; como viajaba, aprendía, enseñaba y aplicaba lo aprendido Alcides D'Orbigny, el sabio francés que conoció Bolivia mejor que los bolivianos, porque supo recorrerla y padecerla en largos años de aventura científica, cuando viajar por ella era todavía una brava hazaña.

¿Cuál será el arquitecto juvenil? El hombre integral que pide la vorágine contemporánea: osado, aventurero, consciente de su fuerza, responsable por sus actos, infatigable en su adecuación al cosmos dinámico que habita. No precisamente el triunfador, sino el emprendedor de su proeza, si por proeza entendemos la transformación del ideal en realidad. Aventura ha de entenderse como llamado a la acción. Aventura es esa vibración secreta que impulsa a desconfiar del nombre, que aleja del alero paterno, del empleo burocrático, del respaldo económico y social, para buscar el fortalecimiento del carácter en solitario aprendizaje. Aventura es uno que sale del montón para decir su verdad; el que busca el peligro porque se avergüenza de lo cómodo y lo fácil. La aventura que nuestra juventud requiere no es una marcha de audacia hacia el poder, sino un lento y duro aprendizaje de saber. Saber práctico, saber directo, elaborado en el gran libro de la naturaleza: aprender a conocerse, para saberse organizar. Avizorar, explotar, removerlo todo, cada cual dentro de su pequeña órbita individual, insatisfecho siempre con lo hecho, porque no hay superación sin descontento. Bien mirado, lo que necesitamos en una muchedumbre de inconformes — no de resentidos — capaz de poner en marcha esta nación dormida con su fe, con su intrepidez, con su tesón. Aventureros del ideal, aventureros de la acción, no por recurso desesperado del fracasado social, que es la forma más baja de aventura, sino por dinámica de empresa, por voluntad de riesgo y creación, por sentimientos de responsabilidad moral en un país que exige mayor rendimiento a los mejores. Y no se piense que la aventura es patrimonio de caminantes y pioneros; también el sedentario hará su parte, porque el pensamiento es un modo de la acción.

Un extraño, un extraño inteligente que viniese de fuera, preguntaría asombrado del sopor nacional: "¿Pero qué esperan ustedes? ¿Por qué no se movilizan sobre esta inmensidad geográfica? ¡Muévanse, hagan algo, concerten sus esfuerzos!" Esta es, en el fondo, buena parte del drama nacional: estancamiento fisiológico, incomunicación interna, molicie espiritual. Apenas se comprende que nación intrínsecamente tan rica, sea potencialmente tan pobre; y es que el retraso colectivo proviene de la indiferencia y el desorden de las vidas individuales. ¿Debe la comprobación de este hecho sumirnos en el desaliento? ¡No! De pueblos más retrasados, surgieron mayores naciones. De orografías más adversas, comunidades más armónicas. De sueños más pesados, acciones más ligeras. ¿Qué aguardamos? La voz de mando ha de venir de adentro. Bolivia será una nación en marcha, el día que cada uno de sus hijos salga al encuentro de su propia aventura personal: despertar, despertándose; hacer, haciéndose; mejorar, mejorándose. ¡Todos inconformes! Porque nadie puede estar satisfecho de sí mismo en esta trágica agonía de montañas, donde la piedra parece atraer y detener la voluntad. ¡Todos inconformes, activos y resueltos todos! Cada cual piloto de su ruta. Acaso así alcancemos la estabilidad nacional, por el camino humilde y austero de una realización individual. No importa lo que se haga; hacerlo bien. Y cuando cada cual se haya movilitado hacia su propia perfección, una muchedumbre en marcha saldrá al encuentro de la patria que conquistaron nuestros abuelos, que usufructuaron nuestros padres. Y que a nosotros tocó padecer y rescatar en un presente adverso.

El mundo actual pertenece al entusiasta-dinámico: el que quiere hacer cosas. Al ideal del joven-águila que se desprende de la leyenda lawrenciana: voluntad de independencia, ansiedad de horizonte, pasión de altas empresas a costa de los mayores sacrificios. Y el alma siempre insatisfecha, porque el verdadero hombre de acción se templea en la discordia con el mundo, pero jamás termina la guerra civil de la conciencia.

Bolivia necesita almas ardientes, voluntades intrépidas, para subsistir como nación. ¡Alzaos de la conformidad y de la holganza! El mundo quiere ser conquistado; todos los días hay que descubrir el mundo. Que el espíritu de aventura despierte las almas y encorajine las voluntades, Una cruzada territorial toca a nuestras puertas; nuestra heredad inmensa pide acción. Necesitamos almas jóvenes y energías, que organicen su morada nacional con la misma pasión que la conozcan y recorran en sus modalidades regionales. ¡A conocer y padecer la patria, para rescatarla en el deber de cada día! Y cuando la juventud boliviana sea una muchedumbre en empresa de aventura, la nación estará saliendo de sí misma.

Pero aún falta lo más arduo: la moral de sacrificio.

A la pregunta del adolescente que interroga: "¿qué es la patria?", sólo cabe una respuesta: "¡mira en ti: ésa es tu patria!" No son los hombres espejo de las patrias sino las patrias reflejo de sus hombres. Somos pequeños porque somos flojos. Practicamos el principio táctico del civilizado: buscar la línea de menor resistencia, para obtener las mayores ventajas a costa del menor esfuerzo. El dinero no es un medio para elevar al hombre, sino un fin en sí, un instrumento de poderío y de holganza, encargado de aminorar sus fatigas y de aumentar sus placeres. Nuestra

debilidad nacional arranca de una moral colectiva de utilidad y de confort. Aburguesamiento, burocracia, pereza, son las tres plagas del carácter nacional; es la moral de la comodidad, que enerva y corrompe juventudes. Nos falta el idealismo del poeta, la intrepidez del pionero, voluntad de movimiento y de combate. Debemos alzarnos más que contra un estado general de molicie y chatura espiritual, contra ese espíritu de comodidad que roe lentamente al boliviano. Necesitamos una empresa de fe, una dinámica de aventura, un impulso de renovación. Abrirse paso no por el punto más débil, como lo practica una moral utilitaria, sino por la línea de mayor resistencia, la que buscan las almas abnegadas, porque saben que la verdadera victoria es hija de la dificultad y del esfuerzo. Necesitamos una moral de sacrificio.

Bolivia es un punto ardiente y lejanísimo, hacia el cual avanzamos todos partiendo de infinitos puntos geográficos, como convergen los radios al centro de círculo. Toda una vida es corta para marcha tan extensa. Cada camino como cada caminante: distinto y solitario. No importa lo que hagan los demás, si uno cumple honradamente lo suyo. Avanzar, avanzar sin tregua, venciendo obstáculos, devorando leguas, rechazando dudas, soportando castigo y sufrimiento. Como la muchedumbre de las aves en el "Mantic-Uttair", muchos sucumbirán por el camino, en pos de Simourgh, el ave maravillosa que conoce el secreto de la unidad divina y de los seres. Pero habrá una aurora de gloria, una de esas auroras que el Upanishad reserva para nosotros, para nuestros hijos, o para los hijos de nuestros hijos, en que millares de caminantes fatigados llegarán al punto que perecía ardiente y lejanísimo, y asomándose a su borde como al brocal de un pozo inusitado, se reconocerán en el espejo de sus quietas linfas: porque patria es la marcha de todos en la búsqueda incesante de uno mismo. Y quien quiera patria digna, se ha de aniquilar primero en el misterio de la servidumbre voluntaria y de la salvación por el dolor.

En un país donde todos quieren mandar y usufructuar, se necesita arquitectos de almas que rehuyan la insensata pedagogía de acrecentar al hombre físico en desmedro del hombre espiritual. Desconfiar del orgulloso y del violento, del cacique y de la espada, porque nunca de pequeñas pasiones salieron grandes causas. Volver los ojos al varón de entereza y de virtud. Exaltar en los que llegan, el genio de la verdadera juventud: pasión de ser y hacer comenzando por la pureza de conducta. Aspirar — como aspiraba Hölderlin — a una humanidad más alta por la elevación de cada cual.



ILLAMPU

La cumbre más excelsa de Bolivia: 7.000 metros. Su nombre significa "el centelleante", pero los indios le llaman también Ancumani, "el viejo encanecido por los años". Entre las dos moles insignes —Illampu, Illimani— discurre todo el misterio de la gesta andina.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

Hay una desviación moral en la vida moderna. Se nos enseña ciencia mnemónica, conocimientos técnicos, prácticos administrativos; pero nada que permita pensar y proceder con rectitud. La eficiencia ha sustituido a la virtud, la moral utilitaria a la moral de formación espiritual. En el hemisferio sud, con raras excepciones, capataces y mandones hacen las veces del estadista. ¿Cuántos distinguen entre mandar y responder por ese mando? Muy pocos. Y el alma, en esta inmensa pugna de apetitos ¿cómo encontrará su propia jerarquía? La sociedad moderna no se cura por casos de conciencia. ¿Qué puede importar un alma a millones de seres empeñados en la lucha mortal de cada día? Y este es, no obstante, el nudo del problema: la sociedad se desintegra por falta de una estructura moral, de un principio de orden y de amor que dé sentido a sus manifestaciones exteriores. El derrocamiento de los valores espirituales, ha traído consigo la confusión social. Si aspiramos a restablecer el equilibrio entre hombre y mundo, aquí y en todas partes, debemos comenzar por enseñar virtud antes que administración; porque no hay saber positivo, saber práctico y estable, como recuerda Max Scheler, donde no hay previamente un saber de salvación.

Busquemos, formemos al "hombre de hombres" de que habló el poeta: fiel a su deber, a la amistad, a la pureza victoriosa de un ideal o de un amor lejano. El conquistador de su propia grandeza, aquel que considera la vida como una cruzada contra el mal, que hace de la debilidad una aspiración a la fuerza, y de la fuerza una responsabilidad indeclinable. El juez implacable de sí mismo, el protector de los demás. El insurgente, el resurgente, el que toma sobre sí la propia carga y comparte las ajenas. El héroe, en fin, en el sentido más noble y duradero: el que sirve, con olvido de la gloria y del dinero. Se dirá que este tipo de hombres casi no existe en Bolivia. Es verdad; por eso Bolivia subsiste apenas en el concierto de las naciones. Mas la salvación comienza por el reconocimiento de la verdad; y por uno que se salve, se rescatarán millares.

¿Cómo fortalecer a las conciencias mozas? Por la probanza de la virtud en la historia. Por un Linares, por un Frías, por un Campero, hay siempre diez mil bellacos. Bolivia es ese Linares, ese Frías, ese Campero; quedan su ejemplo, su obra y su zozobra. De los bellacos ¡nada! Y no importa que los más vivan en la holganza y el desorden si algunos son capaces de heroísmo y de humildad.

Hubo un tiempo en que el pionero norteamericano fue arquetipo de juventudes; representaba la energía dinámica, la astucia sabia, la voluntad incontrastable de ser y de poder. Contra ese varón osado, utilizado, alzó Rodó la imagen diáfana de Ariel, el genio de la razón serena, del idealismo delicado. Ambos corresponden a etapas superadas de evolución social. Del pionero surgió una gran democracia industrial. Del arielismo su antípoda; la pasión de soñar y de pensar con belleza, el sentimiento estético que ha hecho de pequeñas naciones centros de inquietud espiritual. Más no habitamos hoy el mundo primitivo y desbordante del pionero, ni la morada armónica del soñador. La era atómica, la civilización que ha hecho de la mecánica y de la biología los instrumentos más poderosos para el sondeo del hombre y la expansión del orbe que lo contiene, piden hoy algo más que el coraje del pionero, algo más que la pasión del soñador. Crecieron tanto las fuerzas, se han complicado en tal forma las actividades del civilizado, que espíritu y voluntad naufragarían si no buscaran el contrapeso de su mutua oposición. Los pueblos piden hoy varones justos y resueltos, activos y conscientes; ese tipo combinado de padre de familia y de estadista, a la manera rooseveltiana, que vela por las muchedumbres como velarían por sus hijos. El idealista-práctico, aunque suene a paradoja, que hace de sus sueños una edificación exterior, y de sus empresas materiales un riesgo espiritual. El hacedor de patria, activo y responsable por todo cuanto emprende. Ni energía pura, ni descabalado sueño; la visión lúcida de una severa realidad, que exige a los mejores el mayor rendimiento en el esfuerzo y el celo más extremo en el propósito. El nuevo precepto délfico reza así: "¡como tú seas, será ella; como ella sea serás tú!" Una moral de sacrificio debe reemplazar a la moral de utilidad que nos enardece y desgasta estérilmente. Una siembra de amor al instinto de odio que nos consume. Un principio de disciplina y de sometimiento mutuo, al caos convulsivo en que nos debatimos.

"No somos moradores, sino caminantes"— dijo Pablo —. Y toda vida es un camino de perfección. Pero el triunfo no es del que espera, sino del que avanza y desespera, porque en la búsqueda angustiosa está la salvación. Contra la vida opaca, la vida intensa. Contra la quietud que refleja, la inquietud que espolea y exalta. Contra la modernización, el fervor. ¿Cuál será nuestro camino? Cada uno persiguiendo la verdad de sus sueños: regresando con el sueño de su verdad cada uno. Las nueve furias que desgarran el cuerpo nacional no vienen allende las fronteras: son plantas autóctonas que brotan del suelo que las genera y reproduce. Debemos luchar contra el recelo, pasión de ensimismados. Contra la clausura de las almas, que decreta la aversión de las regiones. Contra el espíritu de encono y de venganza. Contra el afán divisionista. Contra la crítica injusta que deprime y extenua. Contra el desorden colectivo, factor de dispersión. Contra la irresponsabilidad individual. Contra el resentimiento -flor de pueblos enclaustrados - que no pudiendo llegar a la fricción abierta con el mundo, se hiere y se desgarran en el combate crudelísimo de sus propias criaturas. Necio el que diga: "Bolivia es el pueblo elegido de Dios". Infeliz el que afirme: "Es la nación condenada a desaparecer". Entre la excesiva afirmación y la negación desesperada, sólo cabe la ponderación nacional: "Bolivia es el espejo de los bolivianos". Levantémoslo, levantándonos. Si la primera centuria republicana fue un fracaso, la segunda puede ser un ascenso. El secreto de un resurgimiento nacional no reside en los programas políticos, cuanto en la revolución de los espíritus, cuando cada uno consciente de su deber actual y de su responsabilidad futura, erija con su conducta esa norma moral que hace la fortaleza del conjunto. Hombres: he aquí lo que Bolivia necesita. Pero hombres de verdad, que hagan el aprendizaje de la varonía por el dolor consciente, por la acción metódica y constante, por el sacrificio deliberado del sensualismo reinante al cumplimiento del deber.

Desde el tiempo lejano de los abuelos y los bisabuelos, nos fue donada una imagen de la patria en el rapto tres veces poderoso de la sangre, del fuego y de la selva. Diosa augusta de la constancia inquebrantable, nuestra enseña tricolor toma de la vida la fuerza de la sangre; del alma un impulso ascensional de llamarada; de la naturaleza un ondular de selva oceánica. Y esa triple majestad del rubí, del topacio y la esmeralda flamea al viento libre del Ande envuelta en el milagro de un cielo tan puro y tan profundo, que se diría a un tiempo mismo el mar azul de una quimérica esperanza, y el sueño intacto en que se transparentan los cristales. ¿Qué nos pide tan serenísima hermosura? Un poco de fe, otro poco de valor. Una norma de austeridad en el pensar. Una moral de sacrificio en el hacer. Ser hombre es, precisamente, ser responsable. Y que cada cual sea digno de servidumbre a tamaña majestad. El oficiante de su enseña, será el forjador de su nación.

Un heroísmo humilde, que sirve sin aguardar recompensa. Un amor que no flaquea. Un hacer que no pregona. Son la triple coraza del guerrero. Pero el caballero haciente de la época moderna, apenas difiere del andante caballero medieval. Por mi Dios, por mi Rey, por mi Dama — dijo el antiguo paladín—. Por mi Fe, por mi Patria, por la Dama-Conciencia — responde el adalid contemporáneo —. No es tanto un querer mandar, cuanto un saber servir. Y en verdad sólo se salva el buen caballero, el siervo fiel, aquel que lo entrega todo a su conciencia y a su patria, para aniquilarse finalmente en la grandeza y en el júbilo de Dios Nuestro Señor.

* * *

"Samiri"... dulce y fuerte hechizo aimára. ¿Qué nos dice en su soplo auroral la palabra "Thunupa"?

Thunupa es hoy el espíritu evocador del pasado, superador del presente, augur del porvenir. Despierta, ordena, impulsa. La "khoragua" del profeta despide un dardo de traquita que rebota de corazón en corazón. Todo aquel que siente el roce o adivina el paso del divino proyectil, se pone en marcha hacia una verdad mayor. Porque Thunupa es el deseo de ser mejor, el anhelo de una dicha responsable. Es el fervor con que enterramos nuestros muertos, la solidaridad que nos ata a los actos de los vivos. Thunupa es el espíritu de sacrificio, la virtud de generosidad, el olvido de las injurias y los yerros. Es aquel sentimiento responsable que un día cogerá al indio desde la cuna para levantarlo al nivel del ser civilizado. La fe en el mestizo desordenado de hoy, que será la fuerza disciplinada de mañana. El severo rigor que exige a las clases cultas el más alto rendimiento y la responsabilidad mayor. Thunupa es la tesis unificante del gran mestizo, sobre todas las pretensiones disolventes de raza, de clase, y de facción. Thunupa invoca el espíritu de lucha y disciplina, contra un pasado de molicie y de anarquía. Thunupa es el "samiri" de los varones que hacen patria partiendo del hondón de la conciencia. Thunupa es la pasión de crear entre montañas. Thunupa es el deber.

No todos le comprenden. No todos escuchan su mensaje. Pero las almas jóvenes y osadas, las almas inconformes, las intrépidas almas que buscan la verdad entrañable del suelo y de la raza, recogen en sus horas de vigilia una voz ternísima que sube como la flecha del árbol siempre en tensión de altura:

— Yo soy Thunupa, el profeta abolido que combatió a los "thaliris" del antiguo poder sacerdotal. Yo soy Thunupa, el "mallku" resurrecto del tiempo nuevo. Y a vosotros digo, hombres de fe: haced vuestra tarea, yo haré también la mía. Amad esta patria dispersa, luchad por merecerla unida. Primero el gobierno de las almas, después la arquitectura del Estado. Por cien que desfallezcan, uno llegará. Si falta un adalid ¡hay que formarlo! Acaso la pasión de todo un pueblo, fabrique la grandeza de su guía. ¿Soñáis la patria grande? Grande será vuestra tarea, duro el camino. Cada cual tolerante con los demás, será inflexible para consigo mismo. Alzaos de la inercia y de la envidia. Mas no emprendáis la batalla contra el mundo, sin antes librar el combate solitario del espíritu, porque hacia dentro va el camino misterioso. Tan pura como la fe, la disciplina. Tan fuerte como el deseo, la obra. No hay patria perdurable sin ánimo esforzado; y puesto que las patrias son acciones y pasiones de las almas, dejad que el alma envíe al mundo la luz de su celeste disciplina. ¡Mirad en vosotros mismos: ésa es la Patria! Yo soy Thunupa, el Inconforme. El que salvó la fe de los desastres, el que templó vuestras victorias, el que cargó con las miserias y los yerros, la estrella de los resurgimientos nacionales. Padre de Bolivia en su remoto origen, soy a un tiempo el Hijo de su infortunio y su estoicismo. Y la Paloma Mística que santifica en el tiempo la duranza de esta joven nación extraordinaria: tan pequeña, que todos se llevaron jirones de su túnica; tan grande, que nada pudo destruirla, ¡porque un designio altísimo buscó la pesadumbre de la cumbre, para esconder el corazón de un continente!